

Ipomedon

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Titulo original: *Ipomedon*
En cubierta: Herr Heinrich von Rugge,
Codex Manesse (1305-1315), del maestro del Codex Manesse
© The Picture Art Collection / Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la traducción, introducción y notas, María Dumas, 2024
© Ediciones Siruela, S. A., 2024
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19553-28-7
Depósito legal: M-31.483-2023
Impreso en Dehon
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Hue de Rotelande

IPOMEDON

Edición y traducción del francés
de María Dumas

 Siruela

Libros del Tiempo Lecturas Medievales

Índice

INTRODUCCIÓN	9
Síntesis del argumento	13
<i>Ipomedon: roman</i> y reescritura	17
La errancia	19
El torneo	25
Hue y su «musa jocosa»	28
Sobre la traducción	30
IPOMEDON	33
Prólogo [1-48]	35
El voto de la Orgullosa [49-306]	37
Ipomedon en Calabria [307-1254]	44
Separación de los amantes [1255-1683]	65
Regreso de Ipomedon a Apulia y primeras aventuras caballerescas [1684-1800]	76
Deliberaciones de los barones en Candres sobre el matrimonio de la Orgullosa [1801-2636]	79
Ipomedon en la corte del rey Meleager en Sicilia [2637-3130]	98

El torneo de tres días: llegada de los equipos a Candres [3131-3528]	109
Primer día del torneo: Ipomedon en armas blancas [3529-4479]	117
Segundo día del torneo: Ipomedon en armas bermejas [4480-5531]	138
Tercer día del torneo: Ipomedon en armas negras [5532-6588]	161
Final del torneo: revelación de las tretas y partida furtiva de Ipomedon [6589-7174]	186
Segundo prólogo [7175-7202]	199
Ipomedon al servicio del rey de Francia [7203-7652]	200
Ipomedon loco [7653-8092]	211
Viaje de Ismene, el enano y el loco de Palermo a Candres [8093-9232]	222
Combate entre Ipomedon y Leonin [9233-9976]	248
Combate entre Ipomedon y Capaneo [9977-10404]	264
Reunión de los amantes, boda y coronación [10405-10534]	274
Epílogo [10535-10580]	277
 BIBLIOGRAFÍA	 279

Prólogo [1-48]

Quien está dispuesto a atender a buenos cuentos a menudo puede aprender cosas valiosas. Cuando se escuchan relatos entretenidos y se narran aventuras que ocurrieron en tiempos antiguos, es posible oír necedades y sensateces. Dejemos ahora de lado las necedades, pues es mejor hablar de sensateces. De ningún modo es pobre el que tiene sabiduría, pero hay algunos con tal disposición que por nada del mundo quisieran que por ellos se conozca ningún bien. Quien tan celadamente se comporta, en mi opinión, necio deviene, pues ¿de qué le valdrá toda su sabiduría cuando parta del siglo? Después de ese día, ya nadie hablará de él si por Dios no hizo ningún bien. No sé a dónde irá a parar esa sabiduría porque ni él ni otro podrán ya aprovecharla.¹⁷

¹⁷ La primera sección del prólogo reelabora un tópico frecuente en los exordios de la literatura vernácula contemporánea y, en particular, en los *romans antiques*, tópico según el cual quien posee conocimientos

Mucho me maravilla que esos sabios clérigos versados en varias lenguas hayan pasado por alto esta historia y no la hayan rememorado. No digo que el que la relató en latín no la haya contado bien, pero hay más legos que letrados; si el latín no se traduce, pocos podrán comprenderlo. Por eso deseo contarla en lengua romance, tan brevemente como pueda, de manera que comprendan tanto clérigos como legos. Hue de Rotelande, que esta historia nos refiere, dice que a quien desea traducir del latín al romance no hay que reprocharle que no pueda guardar todos los casos ni respetar completamente los tiempos verbales. Ahora, para que la materia avance ágilmente deberemos contarla con bellas palabras. No agregaré nada sino la verdad y diré brevemente lo que de esto sé. Quien se propone traducir una obra extensa debe trasladarla con brevedad; de lo contrario, los interesados en oírla mucho se aburrirán. Ya no quiero ocultar más mis conocimientos: ¡escuchadme ahora, guardad silencio!¹⁸

tiene el deber de divulgarlos (Curtius, 1955: 133). Según Mora (2002: 101), la formulación de Hue es particularmente cercana en términos léxicos a la del *Roman de Thèbes* (Petit, ed., 2008: vv. 1-12). En el *Roman de Troie* el tópico se encuentra amplificado de modo sustancial (Constans, ed., 1904: vv. 1-32) y se utiliza, como aquí (*vid. infra*), en conexión explícita con la justificación de la tarea de traducción del latín a la lengua romance (*ibid.*, vv. 33-39).

¹⁸ En la segunda parte del prólogo, el poeta se presenta como un traductor que, gracias a su clerecía y erudición, es capaz de actuar como mediador y de transmitir a los legos, que no entienden el latín, las historias y la cultura de la Antigüedad clásica. La imitación, por parte de Hue, de la postura autoral asumida por los escritores de *romans antiques*

El voto de la Orgullosa [49-306]

Meleager, un rey de antaño, fue hace mucho tiempo señor de Sicilia. Era un caballero maravilloso y guardaba siempre

en sus prólogos es evidente: en los albores del surgimiento de «una conciencia literaria» (Zink, 1981), estos clérigos llaman la atención sobre el proceso de elaboración de sus obras y destacan el valor de su contribución literaria a la *mise en roman* de una fuente latina. De la misma forma, Hue deja constancia de sus escrúpulos gramaticales y sus dificultades técnicas en la traducción de su fuente, insiste en la necesidad de observar las preceptivas retóricas en relación con la *brevitas* y previene al lector sobre la incorporación de «bellas palabras» para aligerar la materia: comentarios que, en cada caso, no hacen más que atraer la atención sobre la labor de mediación efectuada por el autor en el proceso de *translatio*. Sin embargo, a medida que avanza el relato, Hue se va moviendo de esta figura de traductor escrupuloso para destacar, en cambio, su propensión a la manipulación y distorsión de sus fuentes y, en definitiva, a la mentira (*vid. infra*, «Segundo prólogo»). A lo largo del *roman*, mediante distintas intervenciones, Hue consigue imponerse como el único garante de la verdad (o falsedad) de la obra. A la luz de estas mutaciones en la figura autoral, la supuesta fuente latina evocada aquí pierde credibilidad, y se revela más bien como «una mentira descarada» (Calin, 1988). Retrospectivamente, entonces, las reflexiones del autor sobre la relevancia cultural de la *translatio studii* y sus pruritos a propósito de la exactitud y brevedad de su traducción aparecen como flagrantes imposturas o, quizá, como mimetismos irónicos destinados a exponer los automatismos de sus antecesores (en Wogan-Browne, Fenster, Russell, 2016: 37, se plantean argumentos similares). En *Ipomedon*, la reelaboración paródica de los estereotipos del *roman* comienza, pues, con el prólogo.

la paz en su reino: no había vecino en ninguna tierra que osase hacerle la guerra, porque era muy sabio, poderoso, próspero y de gran riqueza. Aquel que es valeroso y capaz de prodigar dones mejor podrá gobernar una tierra. Meleager tenía buen juicio y mesura para mantener la ley y el derecho; por cierto, un señor insensato es incapaz de administrar bien un gran feudo. Este rey no era necio ni desavisado, pues había conquistado diversas tierras vecinas. No hubo duque, conde ni marqués que no se hiciese su vasallo, con justicia o sin ella. Pero tal fue su desventura que nunca pudo engendrar y, al no haber tenido nunca hija o hijo, se vio privado de una gran alegría.

Tenía, sin embargo, un sobrino valeroso que tras su muerte sería su heredero. Era muy apreciado y amado y gozaba de gran reputación en las armas. En verdad, era muy prudente, apuesto, valiente y vigoroso, y muchos lo tenían en gran estima. Se llamaba Capaneo. Tenía una figura distinguida, un bello rostro, y era, además, noble y afable. Todos en la corte le tenían mucho afecto y lo honraban tanto como al rey. Ahora, por el momento, dejaremos de hablar de él, bastante podréis oír más adelante.

El rey tenía una hermana que había entregado en matrimonio: había sido ofrecida al duque de Calabria como parte del acuerdo alcanzado tras un conflicto por sus tierras. Así, el duque se convirtió en vasallo del rey y tuvo toda la tierra sujeta a su señorío. En virtud de la alianza establecida en esta guerra, el duque desposó a la hermana del rey, una dama de mucho valor. La mantuvo junto a sí honrosamente y engendró en ella una hija. No tuvieron más descendencia. Vivieron juntos muy poco tiempo, creo que dos años, y un

día ambos murieron y la muchacha, que se volvió asombrosamente discreta, recibió la heredad.

Cuando cumplió los quince años poseía todas las virtudes; estaba iluminada por ellas. Nunca, en el siglo, nació dama ni doncella tan hermosa; podía ser reina y señora del mundo entero, por encima de todas las damas que lo habitan, pues era muy prudente, sutil, mesurada, bella y extraordinariamente cortés. Pero era muy orgullosa y arrogante. Su arrogancia no concernía más que al amor. No quiso conducirse con orgullo en otros aspectos. Así, el primer día que recibió Calabria y fue señora de ese feudo pronunció un parlamento orgulloso que fue escuchado por todos los barones: dijo que nunca tomaría señor ni sería desposada ni por rey ni por cualquier hombre, aunque fuese señor de Roma y de todos los reinos del mundo y de todos sus habitantes, si no era este un caballero tan valeroso que fuera capaz de vencer a todos por las armas y de conquistar honor y renombre en todas las tierras en las que entrase. Cuando los barones a su alrededor escucharon estas palabras, no hubo uno que no sintiera pesar y no las considerara como un acto de orgullo. Han sido dichas y ya no se apartará de ellas mientras pueda contenerse.

A causa de este discurso orgulloso, que ella pronunció de esta manera, es llamada la Doncella Orgullosa. Por todos lados se expande su fama. Fue motivo de muchas habladurías desde Lombardía hasta Francia, por Borgoña y por Poitou, por Navarra y por Anjou, por Lorena y por Hungría, por Flandes y por Normandía, por Inglaterra y por Bretaña, por Rusia y por Alemania. En Apulia se habló mucho de la doncella y de su orgullo, de su valor, de su

virtud, de su belleza, de su generosidad, de su sensatez, de su cortesía. Nunca habría nacido mujer de tales virtudes, si tan solo fuera capaz de amar. Su corazón era demasiado orgulloso. Quizá actuó con prudencia. Dice la gente entendida que quien espera no espera en vano y que quien se apresura más de lo debido a menudo termina mal. Bien habéis oído todos que las prisas son malas consejeras. Ya fuera para bien o para mal, esta doncella no tuvo ninguna prisa.

Había en aquel tiempo en Apulia un rey de muy buen juicio; se llamaba Hermógenes. Era prudente y sabio en leyes, valeroso en caballería y muy instruido en clerecía. Gozaba de gran estima en muchas tierras en las que había permanecido durante largas guerras. Por la fama de su coraje y por su gallardía, los habitantes de Apulia lo mandaron llamar y le entregaron en matrimonio a la reina que tenía la heredad; ella había estado casada anteriormente. Hermógenes gobernó a su gente con discreción, mucho amor y lealtad. Tenía por su mujer un hijo que aún no era caballero; se trataba de un joven hermoso y gentil, de maravillosos modales. No había en todo el mundo un muchacho más hermoso, más proporcionado, más apuesto, más cortés, más valiente, más noble, más dulce, más paciente. Era muy elogiado, sabía mucho de aves y de perros,¹⁹ y era

¹⁹ Es decir, dominaba el arte de la caza, ya sea con aves (la cetrería) o con perros (la montería). Alternativamente, estos dos tipos de caza se refieren a partir de los espacios en los que se practican: las riberas y los bosques, respectivamente. El dominio de la cacería es una competencia central para cualquier joven noble, y figura de manera invariable en

excelente en el servicio de mesa. Todos lo amaban por su generosidad. Había recibido una muy buena educación y se mostraba siempre dispuesto a aprender. Tenía un maestro tan cortés que no había rey en el mundo, por rico que fuera, al que no hubiese podido servir muy bien y cuyas costumbres no hubiese sabido mantener. El joven poseía muchos conocimientos y estaba muy bien instruido en las letras. Quien tiene alguna competencia en la clerecía valdrá más en lo que respecta a otras facultades: más agudo será su

los textos que, como *Ipomedon*, abordan el motivo de la educación del héroe (Orme, 1984). Este motivo debía de aparecer desarrollado con cierta extensión en uno de los intertextos principales de *Ipomedon*, el *Tristan* de Thomas (a juzgar por sus traducciones al alemán, el *Tristán* de Gottfried von Strassburg, y al inglés medio, *Sir Tristrem*), y se explota asimismo en otros textos narrativos insulares más o menos contemporáneos de *Ipomedon*, como *Horn* de Thomas (Pope, ed., 1955: vv. 369-386) o el *Roman d'Alexandre ou Le Roman de toute chevalerie* de Thomas de Kent (Foster y Short, eds., 2003: vv. 425-442). Las actividades que forman parte del currículo de estos jóvenes no varían demasiado de un texto a otro (entre ellas, además de la caza, se mencionan la equitación, las armas, la música, las letras, el servicio de mesa, el ajedrez y otros divertimentos cortesanos), a pesar de que pueda hacerse mayor énfasis en alguna materia, como la música en el caso de Tristán y de Horn, o el saber libresco en el de Alejandro e Ipomedon, atributo que aquí el narrador se cuida de destacar mediante una intervención valorativa. Según Orme, estas descripciones ficcionales de la educación de un joven noble son reflejo de las actividades y las aspiraciones de la nobleza, pero a su vez pueden haber contribuido a establecer y mantener la preocupación por la educación en los ámbitos aristocráticos (Orme, 1984: 85-86).

intelecto, mejor comprenderá un razonamiento. Se llamaba Ipomedon. No tenía aún barba ni bigote.

Sucedió entonces en un día de fiesta que el joven estaba sirviendo a la mesa y oyó a los caballeros hablar sobre la Doncella Orgullosa, que era duquesa de Calabria, sobre lo educada y cortés que era:

—Bajo el cielo, no puede hallarse ni contemplarse en ningún lado, desde la India hasta Occidente, una corte en la que haya tan buenos modales.

Así hablaban esos caballeros y él escuchaba de buena gana y reflexionaba disimuladamente; no intervino en ningún momento. Cuando llega la hora de la comida de los servidores, se encuentra muy pensativo y preocupado. No comió ni bebió nada. Su maestro lo advierte y ve cómo empalidece su rostro claro. Se inquieta mucho en su corazón cuando lo ve triste y desdichado. Está impaciente por que se ponga en pie y se levante de la mesa. Ipomedon tenía aún más prisa; en cuanto pudo, se levantó y llamó a su maestro:

—Tolomeo, maestro, ¡escuchadme! Os pido consejo. Dádmelo de manera que redunde en mi honor. Conozco bien vuestra lealtad y constancia; me aconsejaréis bien, os aseguro. No puedo ya ocultaros nada: he permanecido y servido tanto tiempo aquí que me siento vivamente humillado al oír hablar de cortes extranjeras. Aunque deba ir descalzo, en harapos y sin ninguna compañía, no deseo permanecer aquí más tiempo. Maestro, sabéis bien lo que dice el sabio en su proverbio: «Por sus modales no ha de ser apreciado quien en una sola corte se ha educado». Mi padre me ama hasta tal punto que no permitiría, por ninguna razón, por petición de nadie, que yo me apartase de su lado.

En verdad, maestro, digan lo que digan, no permaneceré más junto a él. Deseo que lo sepáis: en caso de que fuerais a fallarme y no estuvierais dispuesto a venir conmigo, aunque deba marcharme sin ninguna compañía, por la noche, a escondidas, ya sea locura o sensatez, me iré a buscar servicio a otro lado. ¡Demasiado he permanecido en esta tierra!

Tolomeo lo contempló con detenimiento, reflexionó sobre lo que el joven había dicho y, al cabo de un rato, le respondió:

—Buen señor, yo os he educado y por Dios os aseguro que os daré el mejor consejo que pueda. Me ha agradado mucho lo que dijisteis y que me hayáis revelado vuestros pensamientos. ¿Adónde os gustaría más ir a aprender buenos modales?

—¿Queréis saberlo?

—¡Sí, en verdad!

—Os lo diré. ¿Habéis escuchado cómo hoy, durante la comida, todos los caballeros hablaban de la Doncella Orgullosa que es tan hermosa y tan cortés? Si no puedo ver sus buenos modales, no habrá día que no esté afligido.

El maestro escucha las palabras de Ipomedon y se sonríe, pues mucho le agradan.

—Amigo, ¿queréis que así sea?

—Nada en el mundo deseo tanto.

—No debéis preocuparos por ello: estoy completamente dispuesto a acompañaros.

Ipomedon mucho se lo agradece y luego le ruega y suplica que les solicite al rey y a su madre, la reina, permiso para ir a servir a la Doncella Orgullosa, de forma que no se enfaden con él. Tolomeo no se demoró, sino que fue ante

el rey y también ante la reina y presentó su ruego. El rey se lo concede de grado. A la reina le pesó mucho y accedió de mala gana a que su hijo se alejara. No tenía más que a él y le era muy querido. Sin embargo, dado que el maestro lo aconsejaba, le concedió su deseo.

Ipomedon en Calabria [307-1254]

Ipomedon hizo sus preparativos: lleva plata y oro en abundancia. Solo lo acompaña Tolomeo, su maestro, sin otro preste o servidor. Se despiden y parten de la corte los dos solos. No llevaban más que dos acémilas cargadas con telas y dinero. Las conducía un mozuelo que era mensajero de Ipomedon; lo había retenido en su servicio para que llevara sus misivas porque era muy prudente. Tanto andan cada jornada por diversas tierras y regiones que llegan a Calabria y se apean en la ciudad donde estaba alojada la Orgullosa.

La ciudad disponía de buenos alojamientos. Tolomeo, que era muy discreto y estaba versado en muchas lenguas, no permitió que por avaricia les faltara hospedaje, ya que tenía oro y besantes suficientes. Como era generoso y pródigo, hizo que Ipomedon desmontase en el alojamiento más suntuoso que pudiera tomar. El hospedero, que estaba sentado a su mesa, se levantó de un salto: era muy cortés. Contempló el rostro del joven y le pareció que era de alto linaje; lo saluda cortésmente y le ofrece con gusto el albergue. Al oír la cortesía con que el huésped ha hablado, el joven hace una profunda inclinación y le da las gracias.